

Discurso del dirigente socialista Nicolás Repetto durante el XXIV congreso del Partido Socialista en 1938

16 julio de 1938

Nicolás Repetto

Fuente

Julio Godio, El movimiento obrero argentino (1930-1943). Buenos Aires, editorial Legasa, 1989.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

El Partido Socialista se ha iniciado en este país en una época en que el sufragio era una verdadera ficción. Esto no obstante, el Partido proclamó sus principios, se dio una organización, extendió su influencia ideológica por todo el país y se puso en condiciones de hacer sentir su fuerza electoral para cuando el progreso político nos trajera el sufragio libre y limpio.

Una fuerza como la socialista puede vivir y hasta propagarse aun cuando lleguen a faltarle en un momento dado la libertad y las garantías electorales. El caso de las huestes socialistas alemanas, que se multiplicaron prodigiosamente bajo el riguroso régimen de las leyes de excepción, demuestra que la vitalidad y la razón de ser del socialismo son demasiado vigorosas para que se las pueda anular por medio de los vulgares e históricamente desacreditados recursos de la arbitrariedad y de la violencia. Nuestro partido puede vivir, ha vivido bajo un régimen de excepción, y esto lo conseguirá tanto más fácilmente cuanto más firmes sean las convicciones de los adeptos y cuanto más ingeniosos y pródigos sean éstos en recursos para burlar las persecuciones y mantener encendida la llama del ideal.

Pero es evidente que los recursos excepcionales sólo sirven para períodos excepcionales de la vida política de un país. Lo normal es que los partidos se muevan dentro de un ambiente de libertad política y de legalidad electoral suficiente o adecuado para permitir el desarrollo amplio de sus actividades. Como organización política de la clase obrera y fuerzas democráticas que aspira a realizar gradualmente sus avances, nuestro partido sostiene que el proceso normal de la política debe verificarse dentro de la libertad y de la ley, sin destrucción alguna o con el mínimo posible de destrucción de valores materiales y espirituales efectivos. En países de educación democrática aun no totalmente madurada, como el nuestro, sólo pueden salir gananciosos del caos institucional o legal las fuerzas políticas que se apoyan en la arbitrariedad o las que buscan las oportunidades en el desorden o en el desquicio caótico. Las fuerzas socialistas y obreras tienen la mejor garantía para su propia labor y desarrollo en la normalidad constitucional y legal.

La normalidad constitucional y legal son condiciones de ambiente favorables para la sana y fecunda obra política, pero no realizan por sí solas la obra. Ella depende de la acción leal, inteligente y activa de partidos de verdad, es decir, no de creaciones arbitrarias, fantásticas, ilusorias o personalistas, sino de grupos que responden a una fuerte y evidente razón histórica de ser. Los partidos no son, no pueden ser, movimientos instintivos o que

obedecen a sugerencias más o menos demagógicas, sino formaciones de grandes núcleos humanos que se condensan en torno a sus intereses vitales, interpretados con altura y sin desvincularlos de las exigencias del progreso general. Es obedeciendo a este concepto, tan racional como necesario para una política elevada, que afirmamos a diario la necesidad de corresponder a nuestra legítima exigencia de sufragio libre, proponiéndonos darle contenido, hacerlo instrumento y no fin, para lo cual es urgente educar la ciudadanía como etapa indispensable para el afianzamiento de la libertad y de la democracia. [...]

El ambiente normal para los partidos democráticos de verdad es aquel en que se respetan las libertades públicas y se ofrecen las necesarias garantías al elector. Es evidente que allí donde no exista este ambiente indispensable a la vida democrática, los partidos interesados en crearlo o restablecerlo deben ponerse de acuerdo para alcanzar este propósito. De aquí nació el empeño que puso el Partido Socialista durante estos últimos años en llegar a una conjunción de todas las fuerzas democráticas del país, para imponer por la sola fuerza de la propaganda y de la razón el restablecimiento de la normalidad institucional y del régimen democrático de gobierno. No obstante el empeño puesto por nuestro partido para realizar esta conjunción, ella no pudo ser lograda porque no se contó jamás con la adhesión explícita y real de las fuerzas radicales.

Los afiliados del Partido Socialista habrán notado la seria y constante preocupación de que dimos muestras para que no se confundiera la 'conjunción' de partidos democráticos propuesta por nosotros, con un pretendido 'frente popular' auspiciado por una fuerza que se consideraba a sí misma democrática no obstante defender la dictadura proletaria. En la 'conjunción' cabían todas las fuerzas interesadas en devolver a nuestro país su régimen democrático para que los partidos pudieran desarrollar, cada cual por su lado, su respectivo programa específico. En el 'frente popular', que es la unión para la conquista del gobierno, no cabían, no podían haber sino las fuerzas afines en el método y capaces de coincidir en las bases de un programa de aplicación práctica. No era posible, por lo tanto, formar un frente con grupos políticos que, una vez restablecida la normalidad, tendrían por función específica conspirar contra la democracia para implantar la dictadura del proletariado. Esta es la razón que nos mantuvo siempre a favor de la 'conjunción' y contra una pretendida 'unidad' de fuerzas heterogéneas y hasta contradictorias. Para que haya 'unidad' política se necesita, por lo menos, 'unidad' de método; no existiendo esta última, sólo puede hablarse

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

de 'conjunciones' para el logro de fines comunes, no precisamente específicos. Mi experiencia de la vida me lleva a ser bondadoso en la apreciación y calificación de las actitudes de crítica, condenación inapelable y hasta de disidencia irreductible que suelen adoptar periódicamente en nuestro partido grupos de afiliados. He vivido bastante para saber en qué vienen a parar, después de algunos años, esos desplantes de los inexpertos, de los impacientes o de los ambiciosos más o menos disimulados. Tengo motivos para ser tolerante con no pocas de estas fallas y para hallarme siempre en disposición de ánimo de acoger de nuevo en el seno del Partido a los hombres que, aleccionados por los hechos, vuelven a las filas curados de ilusiones y de impacencias. Este estado de ánimo, tan espontáneo como comprensivo y humano, es el que nos hace decir, a Solari y a mí, que en estos momentos difíciles para la democracia argentina exhortamos a todos a la lucha, comenzando por aquellos que, sin estar hoy en sus filas, han mantenido una conducta digna respecto a los ideales del socialismo y de la clase trabajadora. Las puertas del Partido se han abierto para éstos.